

TARJETA POSTAL CON EL TAJO AL FONDO

Una de mis varias muertes fue en Lisboa. En la Baixa. Hace años de eso. Es como una tarjeta postal, que nunca mandé, con el Tajo al fondo.

Vi a Fernanda casi al llegar.

Ella estaba sola y miraba el río.

Luego me mostró a Raquel Peters, pero me adelanto. Eso fue antes de mi muerte.

Bajé del tren en Santa Apolonia y de inmediato me persiguieron los hombres que querían llevarme a sus hoteles, o a los hoteles que les daban una comisión. Los rechacé amablemente.

Hacía un frío terrible.

Quería ver de nuevo a Fernanda.

Me esperaba. Su marido, un arquitecto estadounidense, estaba en China trabajando en una compañía india. Se hablaban casi a diario por teléfono.

Crucé la calle y ahí estaba ella. Abrigada. Miraba los barcos atracados.

Nos abrazamos como si fuéramos unos desconocidos.

Fernanda tenía un lunar en la espalda, un tatuaje en el muslo izquierdo y unos senos pequeños.

Me hospedaría con ella. Éramos amigos desde hacía muchos años, cuando los dos empezamos a trabajar en nuestros oficios. Ella como arquitecta, aunque luego abandonó eso para dedicarse al arte conceptual.

Construía cajas que guardaban bloques de silencio.

Yo era ayudante de un guionista de televisión borracho, arrogante y gay. Se creía una mezcla entre Stendhal y Capote. Nunca leí de él una página medianamente escrita, pero me pagaban bien.

Fue cuando cogimos por vez primera Fernanda y yo.

Nada importante. Una simple diversión. Ella estaba casada con su primer marido. Un cantante de rock que lo único que hacía era meterse coca, escuchar a Neil Young e imitar a Charly García.

No estábamos enamorados.

Me gustaba su cuerpo.

Incluso cogimos una vez en el baño, durante una fiesta, mientras el marido preparaba unas líneas en la mesa de la sala y hablaba de las maravillas del nuevo disco de alguno de sus ídolos. Pero eso no importa. Fue hace muchos años.

Luego Fernanda se cansó de él y se refugió en los brazos de un corredor de bolsa y la casa se transformó en otra cosa. Luego vendría John y sus obsesiones con Gehry y Loyd Wright. Al poco de vivir juntos, a él le ofrecieron un trabajo en Lisboa y se fueron a la ciudad. Fernanda y yo teníamos cinco años de no vernos.

Recordaba con nitidez su cuerpo.

La risa.

La voz ronca.

A veces nos escribíamos correos electrónicos, o me mandaba ella fotos de sus piezas. Mientras tanto fui ascendiendo y ahora ya era yo el guionista principal y por mis manos pasaron muchas actrices que querían convertirse en estrellas televisivas.

Cogí con varias.

A veces eran tríos.

Pero me aburría.

Por eso me fui a ver a Fernanda.

Un día recibí un correo de ella. Me decía que su marido estaba en China, que ella estaba sola y aburrida y que se acordó de cuando éramos veinteañeros y cogíamos por todos lados y a la menor provocación.

Estaba aburrido, lo dije, y por eso me fui a Lisboa. Agarré de pretexto una asesoría en Madrid y de allí tomé el tren por la noche.

De Lisboa tenía muchos recuerdos y la conocía bien, o eso creía. Hay épocas que se vuelven difusas en la memoria. Estuve en Lisboa cuando pensaba que algún día llegaría a ser poeta. Era ingenuo. Ahora soy guionista y me aburren los poetas y sus versitos. Me enamoré de Lisboa, pero me prometía que nunca más volvería. Ahí estuvo mi error. Volver a la ciudad me lo recordó.

Fernanda se veía más guapa. Se había recordado el cabello y tenía un halo de mujer madura.

Nos dimos un beso en la mejilla y tomamos un taxi.

En silencio.

Absortos.

Enero también es un mes cruel.

Estuve casi todo el mes en casa de Fernanda. Salíamos a recorrer los lugares cercanos. Íbamos a O Brasileira, el famoso café visitado por Pessoa, porque estaba a la vuelta de su casa, quiero decir, la casa de Fernanda. Recorríamos Chiado como dos enamorados. Cursis, abrazados, protegiéndonos del frío. Entrábamos a las tiendas de discos, a las de libros, a las de ropa como recién casados.

Hay cosas que uno nunca debe hacer con una mujer, una de ellas es coger sin condón. Olvidé una de mis reglas.

La primera, y las siguientes, las hicimos con protección.

En el balcón le abrí las nalgas y la penetré.

En el baño.

En el estudio, con una foto de su marido sonriéndonos.

En la cama: amarrada, travestida, cegada, herida.

En un rincón de Madre de Deus.

En el Castelo de São Jorge. Como dos turistas que quieren dejar la foto del recuerdo. Abajo se veía hermoso y triste el río. Nubes negras en los alrededores.

Luego vino el día del error. Habíamos llegado de un paseo.

Compramos discos de Raquel Peters, de Mísia, Margarida Guerreiro, Mafalda Arnaut, Cristina Branco y algo de jazz.

Cantaba Peters una canción triste.

Siempre compro discos de mujeres cantantes porque las encuentro muy atractivas. Mejor, solo compro discos de mujeres atractivas.

Me estoy desviando.

Cantaba Peters una canción tristísima y yo bebía whisky y estaba sentado en un sillón y le pedía a Fernanda que bailara para mí, pegada a una pared, al lado del balcón del estudio —se suponía que esa era mi habitación, pero nunca

dormí en ella—. Después le ordené que se desnudara lentamente y que se tocara los labios con suavidad, que abriera las piernas, que caminara a cuatro manos, que fuera a donde yo estaba, que me abriera la cremallera, que me lo chupara despacio.

Ahí estuvo el error.

No volvimos a usar condones y creímos enamorarnos. Creímos.

El día de mi partida fue doloroso. Antes, cogimos como dioses puesto que no lo somos, para citar a un poeta que me parecía fenomenal antes de descreer de esos impostores.

Fuimos a Belem, a Rossio. En la Avenida da Liberdade le dije que la amaba. Afuera del elevador de Santa Justa la abracé y quise cogérmela ahí mismo. Pero siempre me engaño.

Me llevó a Santa Apolonia y nos despedimos con un largo abrazo.

Pero regresé.

Segundo error.

Regresé y cogimos con más ímpetu. Fernanda era una mujer muy hermosa. Planeamos otra vida. Ella se separaría de su arquitecto. Error. A una mujer no hay que pedirle que abandone nada porque lo hace.

Estábamos en la Baixa, esperando tomar el ferry. La luz de la mañana de invierno me cegó

y me di cuenta del error en el que estaba. Pero soy un cobarde. Siempre lo he sido.

Subimos al ferry. El viento nos helaba y yo veía feliz a Fernanda.

Ahí decidí morir. Ahí mismo me arrojé a las aguas del Tajo.

Puro melodrama.

Me explico.

Arrojé a quien era en ese momento, al que creía amar a Fernanda. Quería volver con mis actrices, mis guiones, mis noches de juerga. No quería vivir con una artista conceptual a la que no entendía. No quería vivir con nadie, pero hablo demasiado.

Me regresé a Madrid.

Ella me llamaba una vez, luego dos, luego diez veces. Quería dejar todo.

Yo estaba fastidiado. Tenía miedo, pero no lo decía.

Tomé el avión. Regresé a mi Parque España. Volví a mis actrices y una de ellas, de veintidós años, me dijo que estaba embarazada. Otro error. Nunca hacerlo sin condón. Aunque esa vez no lo recordaba. Estaba muy borracho o el niño era de otro.

Fernanda regresó a México. La vi y le dije que era imposible todo. La actriz ya había abortado, pero mentí. Fernanda, una mujer está esperan-

do un hijo mío, le dije. No puedo estar contigo. Me salían bien esos diálogos. Tantos años como guionista de telenovelas tenía sus ventajas.

Fernanda entonces comenzó a amenazar a la actriz. Otro error. Le dije el nombre de la actriz. A perseguirla. Tuve que volver a hablar con Fernanda. Me estás destruyendo, le dije. Puse cara de galán de melodrama y la amenacé. Después ella se fue. No supe nada.

Pero a veces, en algunas noches de insomnio, la extrañaba.

Extrañaba la voz de Fernanda.

Su risa.

Sus nalgas.

La foto del esposo riendo.

Al año me enteré de que Fernanda había estado en un hospital psiquiátrico, en Porto. Un día salió de Lisboa, en su auto, y manejó durante horas. Luego llamó a su hermano a México. No recordaba nada. Ahí mismo la ingresaron. Llegó, por ese entonces estaba en San Francisco, su marido. Nadie supo lo que pasó. Salió al cabo de unos meses, casi restablecida, casi igual. Volvió a sus cajas, a sus experimentos.

Yo morí en la Baixa. Allí dejé a quien fui.

Ahora siempre uso condón.